

In memoriam

HERNÁN ZUCCHI

(1917 - 1998)

Hemos perdido a Hernán. Esta evidencia, tan simple, nos trae una doble pesadumbre, pues doble es la pérdida: quien se ha ido era un gran amigo, y era un gran filósofo. En el primer sentido, la pérdida provoca el dolor de quienes lo tratamos y lo quisimos; en el segundo, se está ante un menoscabo quizá no tan intensamente lacerante, pero, en cambio, mucho más amplio y elocuente: quienes hemos perdido a Hernán somos los argentinos, y es la filosofía la que ha perdido a uno de sus grandes cultores.

Hernán Zucchi –así, sólo Hernán, y no Jorge Hernán, como figuraba en su documento de identidad, y era ocasión de simpáticas anécdotas que conocíamos sus amigos–, Hernán Zucchi, como él mismo firmaba sus trabajos, fue un pensador polifacético, lo cual en modo alguno le restaba rigor. Era polifacético, porque polifacética es la vida humana, y quien quiera comprenderla está obligado a abordarla por sus múltiples facetas. Conocedor experto de la lengua griega y del pensamiento de Aristóteles, le somos deudores de una de las traducciones al español más cuidadas y más importantes que se haya hecho jamás de la *Metafísica*, acompañada de un erudito estudio esclarecedor de las dificultades filosóficas y filológicas de ese texto. También hizo esenciales traducciones del alemán, como la del Primer tomo de *La filosofía del Idealismo Alemán*, de Nicolai Hartmann, trabajos de Heidegger, etc.

Su mente siempre inquieta abordó temas muy diversos del filosofar: metafísica, estética, antropología filosófica, historia de la filo-

sofía. Se movía con igual agilidad intelectual en el desentrañamiento del sentido de la *ousía* que en la reflexión sobre la poesía, la danza, la cultura de la imagen, el juego, el fútbol, el billar o la balanza. Sus principales aportaciones a esos temas fueron recogidas por él en 1993 en un singular libro, *Ramificaciones*, título en el que evoca la imagen cartesiana del saber como un árbol que tiene su raíz en la metafísica, su tronco en la física y sus ramas en las otras ciencias. Hernán había visto que las ramas menores, las “últimas ramificaciones, sutiles, quizá un tanto débiles” habían quedado relativamente descuidadas por la reflexión filosófica. Y –siguiendo con la metáfora– es precisamente allí donde “se dan las flores y los frutos del saber”. Lo notable de ese libro es la riqueza de ideas que esos temas pueden suscitar en un pensador atento y perspicaz como Hernán Zucchi. Hernán supo conjugar, como muy excepcionalmente puede hacerse, la profundidad con la claridad, lo sobrio con lo cautivante, la erudición con la originalidad.

En 1995 nos entregó Hernán otro importante libro, *La sociología comprensiva*, que constituye un estudio sistemático sobre algunos elementos centrales del pensamiento de Max Weber y de Alfred Schutz. La temática es aquí, si cabe el término, más *académica* que la de *Ramificaciones*; pero conserva aquella frescura y aquella naturalidad que hacen su lectura fácilmente comprensible a la vez que plena en sugerencias. Su estilo invita e incita a pensar y se compadece con lo que Ortega llamó la “cortesía del filósofo”: el esfuerzo por exponer lo más claramente posible los temas profundos y a menudo engorrosos de la filosofía.

Su extensa labor académica no fue menos meritoria que la de escritor. Su paso por diversas universidades argentinas deja, en sus muchos discípulos, el influjo y el recuerdo imborrables de los grandes maestros. Fue también Rector de la Universidad Nacional del Sur. Pero lo más hondo de su magisterio -y supongo que tam-

bién de sus afectos- queda ligado indisolublemente a la Universidad Nacional de Tucumán, a la que prestigió y honró con su generosa y fecunda actividad.

Hace apenas un año, su trayectoria de pensador y catedrático tuvo un merecido reconocimiento oficial, al otorgársele el Premio Nacional de Filosofía. Quienes compartimos aquel momento de alegría compartimos ahora, con sus seres queridos, la honda tristeza por su ausencia.

Ricardo Maliandi